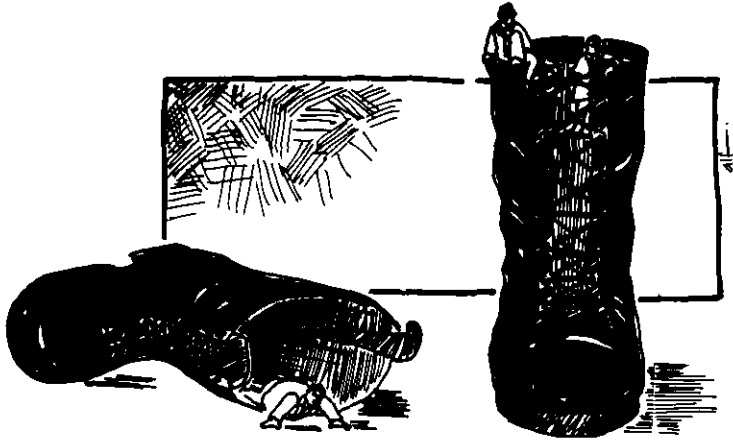


La Tendencia Militarista en la Política Latinoamericana

Leonardo Arízaga Schmeigel



INTRODUCCION

El presente ensayo trata, si bien es cierto de manera esquemática, acerca de un problema que, sin ser único en América Latina, tiene en nuestros países connotaciones que no son precisamente las que se dan en otros Continentes.

Considero necesario dejar claramente establecido que no es mi intención efectuar ninguna crítica a las Fuerzas Armadas o a la Institución Militar como tales. Tengo la absoluta certeza que las Fuerzas Armadas han desempeñado y desempeñan un papel de

mucha importancia en nuestra sociedad, no únicamente por las funciones específicas que tienen a su cargo conforme lo establece la Constitución Política de cada Estado, de defender la integridad territorial frente a ataques provenientes del exterior, sino también como guardianes del orden y de la seguridad internos. Mi intención al abordar tal tema es la de referirme a un hecho tangible, que acaece con demasiada frecuencia en Latinoamérica, cual es la injerencia del elemento militar en asuntos que no son precisamente de su incumbencia legal y profesional, es decir, su intervención en la vida política del país y, más aún, en la to-

ma del poder por medios dictatoriales y, por lo mismo, anti-democráticos; en otras palabras, el militarismo.

Para cualquier estudioso de la realidad política de las naciones latinoamericanas desde los días posteriores a la obtención de la libertad de parte de España desde la tercera década del Siglo XIX, la presencia militar en la conducción de sus destinos representa una constante histórica que, no por ello, ha dejado de ser preocupante porque entraña la distorsión del orden democrático y constitucional y la implantación de regímenes dirigidos ya sea por la omnímoda voluntad de una persona o por dictaduras pluripersonales, como por ejemplo, las que ocurrieron en el Ecuador en las décadas de los años sesenta y setenta.

El militarismo en América Latina —fenómeno que indujo al escritor francés Alain Rouquié, en su enjundioso libro intitulado "El Estado Militar en América Latina" a referirse a "la militarización de los sistemas políticos latinoamericanos"— es, lamentablemente, una realidad que la historia ha recogido. Por ejemplo, en 1954, trece de los veinte Estados de América Latina estaban sujetos a regímenes militares. En 1980, las dos terceras partes de la población latinoamericana vivía bajo un régimen militar. En el Continente Sudamericano, más o menos en esa misma fecha, antes de que se produjera el retorno a manos de civiles de los gobiernos militares que imperaban en el Perú y en el Ecuador, nada menos que ocho naciones, que representaban las cuatro quintas partes de su población total, estaban sujetas a dictaduras de origen castrense.

Pese a reconocer la existencia de una actitud militarista en el desenvolvimiento de nuestro devenir político, no concuerdo con la opinión vertida por el mencionado escritor francés, por cuanto no creo que se trate de "una militarización de los sistemas

políticos latinoamericanos". Si bien es cierto que no podemos negar la presencia, a todo lo largo de nuestra vida independiente, de regímenes militares, no creo que este hecho haya ocasionado el que se haya instituido la militarización de nuestros sistemas políticos. Si tomamos, por ejemplo, en cuenta en la actualidad —mayo de 1989— en lo que a América del Sur concierne, existen dictaduras militares solamente en Paraguay y en Chile, se puede llegar a la conclusión de que el militarismo o la presencia del elemento militar, como sistema político, ha venido muy a menos y que poco a poco ha cedido terreno al constitucionalismo, al sistema democrático y a la libertad electoral.

En ciertos medios extranjeros de opinión se ha hablado y se habla de la existencia en América Latina de una "hegemonía endémica del poder militar". Este término me parece, por decir lo menos, exagerado, ya que si tomamos en cuenta esta aseveración en su aceptación etimológica vemos que "endemia" significa "enfermedad que reina en un pueblo". Frente a tal afirmación que, en mi concepto peca de ligera, es preciso manifestar enfáticamente que no ha sido el pueblo latinoamericano como tal el que ha entronizado el militarismo, sino que han sido las castas dirigentes y, principalmente, el estamento militar, los que, por sí y ante sí, se han impuesto.

ANTECEDENTES

En los primeros tiempos de nuestra vida republicana fueron los caudillos, generalmente de uniforme, los que se alzaron con el poder en momentos en que las naciones recientemente fundadas no tenían experiencia en el importante campo político y, además, no disponían de elemento civil entrenado para dirigirlos. El Ecuador no constituyó la excepción ya que, como bien

lo sabemos, el primer Presidente Constitucional fue militar, el General Juan José Flores, quien ni siquiera ostentaba la nacionalidad ecuatoriana sino que fue venezolano.

El caudillismo, fenómeno político que en América Latina ha tenido y sigue teniendo trascendencia, constituyó en sus orígenes una secuela directa de las guerras de independencia. Terminadas éstas, quedó al margen de la vida activa una multitud de oficiales y de soldados que de pronto se vieron forzados a deponer sus armas y a desenvolverse en un nuevo orden de cosas para el cual no estaban acostumbrados. Comenzaron entonces a aparecer los "espado-nes", los "caciques", los "caudillos", que pronto se rodearon de guardias pretorianas que cometieron toda clase de excesos, prevalidos como estaban del poder intimidatorio que tenían las armas de que eran poseedoras.

El militarismo ha tenido desde sus inicios dos aspectos diferentes; dos vertientes que aunque han desembocado en lo mismo, vale decir, en la captación del poder, se han diferenciado el uno del otro. En algunos países, en efecto, se han producido dictaduras encabezadas por militares, los cuales gobernaron en forma autárquica, sin que medie, de manera directa, la intervención de las Fuerzas Armadas. En otros casos, ha sido la Institución Armada como tal, la que ha asumido el poder y, en su nombre, ha regido los destinos nacionales. El caso, tal vez más notorio, de la primera variedad representó el General Porfirio Díaz, quien gobernó México intermitentemente desde 1876 hasta 1911. El General Juan Vicente Gómez fue otro notable representante de dictaduras unipersonales y autárquicas, por cuanto rigió los destinos de Venezuela, en sus diversos ejercicios de poder, entre 1908 y 1935. Similares dictaduras se han sucedido en América Central —tales como los casos de Somoza en Nicaragua—,

en la República Dominicana —con Trujillo— y en Cuba —con Batista—. El caso paraguayo, con el General Strossner, es sin duda el ejemplo contemporáneo más significativo ya que este dictador detentaba el poder omnímodo por más de treinta años ante la insólita e incomprensible actitud de un pueblo que, como el de Paraguay, ha dado muestras de honor, de valentía y de civismo en otros períodos de su historia. La literatura se ha encargado de referirse, en términos peyorativos aunque justos a estos bochornos hechos que tanto han contribuido a desprestigiar a América Latina y basta citar al guatemalteco Asturias con "El Señor Presidente", al paraguayo Roa Bastos con "Yo El Supremo" y al colombiano García Márquez con "El otoño del Patriarca".

La irrupción de las fuerzas armadas como Institución, en la vida política de las naciones latinoamericanas es el fenómeno que, a lo largo de este ensayo, he dado en calificar como "militarismo". No se ha tratado de casos aislados, en los cuales un miembro de ellas se ha alzado con el poder. Se ha tratado, como en los casos de Brasil, Argentina, Uruguay, Perú, Ecuador, y, desde hace más de quince años, Chile, de dictaduras propiciadas, encabezadas o sustentadas en las Fuerzas Armadas, en cuyos regímenes, si bien es cierto que se han obtenido algunas ventajas de carácter social y económico, no sólo han contribuido a nuestro desprestigio ante el resto del mundo, sobre todo del europeo, sino que han ocasionado muy serios como agudos problemas de orden institucional y cívico.

EL CASO ECUATORIANO

En una sucinta relación histórica de la realidad ecuatoriana, es fácil observar que, desde nuestros inicios republicanos, la presencia del elemento militar, ya sea a través

de presidentes, de dictadores o simplemente de Juntas Militares, ha constituido un hecho cierto e indiscutible. El General Juan José Flores fue quien dio inicio a la larga lista de miembros del ejército que dirigieron los destinos del Ecuador. Fue su primer Presidente luego de haberse segregado de la Gran Colombia; ejerció, por dos ocasiones, la primera magistratura del país —1830-1834 y 1839-1845— y su poder en la naciente República fue total.

Posteriormente, se dan numerosos casos de gobiernos encabezados por el elemento militar. Los nombres de Urbina, Veintemilla, Alfaro, Leonidas Plaza, entre otros, contribuyen a acentuar aún más la presencia e influencia de los miembros de las Fuerzas Armadas. Es, sin embargo, interesante anotar que tan sólo en julio de 1925, con el advenimiento de la llamada "Revolución Juliana", la Institución Armada, representada por altos oficiales del Ejército, asume el poder y lo comparte con dirigentes civiles, los cuales, a la postre, habrán de representar el papel más importante. Es necesario indicar que este novísimo intento de gobierno compartido no prosperó debido, sobre todo, al sistema que escogieron, según el cual los miembros de la Junta de Gobierno se turnaban en el ejercicio de la Presidencia, razón por la cual no hubo la cohesión indispensable para el mejor cumplimiento de sus altas responsabilidades.

Luego de los esporádicos casos del Coronel Carlos Mancheno y del General Alberto Enríquez Gallo —este último interinazgo fue muy provechoso por cuanto introdujo reformas y promulgó leyes de mucho beneficio para el país—, el Ecuador contemporáneo registra tres instancias en las cuales las Fuerzas Armadas, como Institución castrense, detentan el poder dictatorial después de derribar a regímenes legalmente constituidos. A raíz de la destitución de los Presidentes Constitucionales Velasco Ibarra y Arosemena Monroy, una Junta

Militar de Gobierno, encabezada por el Contralmirante Ramón Castro, asume el poder en 1963. En 1972 se repite el caso y es así como las Fuerzas Armadas asaltan nuevamente el poder después de enviar al exilio al Presidente José María Velasco Ibarra, casi al término del que sería su postrer mandato. El Gobierno Nacionalista Revolucionario —como se denominó—, fue presidido por el General Guillermo Rodríguez Lara, quien en 1975, como resultado de una grave pugna suscitada en la cúpula militar, cedió el puesto de mando a otra Junta Militar presidida por el Almirante Alfredo Poveda, quien terminó convocando a elecciones y entregó el poder en 1979 al Presidente electo, Abogado Jaime Roldós Aguilera.

El caso de la Dictadura Militar del General Guillermo Rodríguez Lara en el Ecuador, y de las dictaduras revolucionarias de Panamá, Perú y Honduras, constituyen un verdadero fenómeno y un cambio del papel de los militares. En estos casos, los militares se comprometen a una reforma social, política y económica, en vez de restablecer el "Statu quo", lo que constituye una verdadera innovación. Tales objetivos resultaron ser una impracticable ilusión, ya que los líderes militares de estos gobiernos reformistas lograron mucho menos de lo que hubieran querido. Esto fue el resultado de varios factores, pero me parece que fueron tres las principales razones para su fracaso. En primer lugar, las divisiones pueras adentro, es decir, entre los militares, se desarrollaron acerca de las medidas que debían ser tomadas. Hubo unidad para llegar al poder y para realizar algunos cambios con el fin de cumplir ciertos objetivos. Tal unidad se quebró cuando se analizaban los caminos específicos para lograr determinada transformación. Sólo en Perú, hasta 1973 y en Panamá hasta 1977, tuvieron los Generales Juan Velasco Alvarado y Omar Torrijos, respectivamente, el suficiente po-

der institucional como para decidir el camino de la reforma que debía tomarse.

En Ecuador y en Honduras, rivalidades internas de los militares inmovilizaron muchas de estas reformas y condujeron a la destitución de los militares en el poder. Por ejemplo, el General Guillermo Rodríguez Lara sólo gobernó por un poco más de tres años en el Ecuador y fue reemplazado por un Consejo de Gobierno.

Un segundo factor determinante fue la inejecución de los programas de gobierno. Aunque los militares estaban relativamente bien entrenados para gobernar, ellos dependían de la burocracia civil para realizar sus proyectos. Como consecuencia, los militares podían dictar los cambios que ellos deseaban, pero la puesta en marcha de tales decisiones era otra cosa diferente. El resultado fue frustrante para los militares, porque no podían hacer nada al respecto.

Un tercer factor fue la inclemencia misma de la naturaleza y las restricciones internacionales que se dieron. Malas cosechas por razones climatológicas: el ingreso del petróleo no cubrió las esperanzas de algunos gobiernos, los precios de los productos de exportación de estos países eran erráticos e impredecibles en los mercados internacionales; los líderes más importantes se enfermaron (Perú) o la política exterior de Estados Unidos que se oponía a estos gobiernos militares reformistas (Por ejemplo: nacionalizaciones) frustraron muchas de las esperanzas de la cúpula militar reformista.

Estas condiciones limitaron a los militares en su afán reformador y les dio una nueva perspectiva de las dificultades que existen en el arte de gobernar. Aunque los partidos políticos no desaparecen, estos no tienen acceso alguno al poder. Los militares, decepcionados por su impotencia en las realizaciones de sus proyectos y por presiones internas y externas, deciden abandonar

el poder y entregárselo a los civiles, para que éstos traten de salir de la crisis. En estos cuatro países, los partidos políticos entran en un proceso electoral para establecer un gobierno democrático (Ecuador 1979, Perú 1980, Honduras 1982 y parcialmente Panamá en 1978).

CONCLUSIONES

Sería aventurado presentar un pronóstico acerca del desarrollo que, en el futuro, tendrá la tendencia militarista en América Latina. Existe, en cambio, el diagnóstico de la situación, que señala tal hecho como contra productivo, negativo y peligroso para la democracia continental.

Si, por un lado, las Fuerzas Armadas, como Institución, representan, al menos en América Latina, acaso el único estamento realmente organizado, no es menos cierto que su paso por el poder no siempre ha sido satisfactorio y que el saldo es más bien negativo. En efecto, sacado el militar de su ámbito natural y lanzado a la arena política, se enfrenta a un medio para el que no está preparado, en el que los elementos básicos de su formación, como son la disciplina, la obediencia, el respeto a la jerarquía y el reconocimiento al fundamental principio de autoridad, tienen una importancia relativa. La experiencia de dictaduras militares ha enseñado que, en la mayoría de los casos, al no haber estado preparado políticamente para enfrentar y solucionar los arduos problemas nacionales, el hombre de uniforme tiende, casi siempre, a obrar en el campo político como si estuviere actuando en el campo militar, con consecuencias muy poco satisfactorias.

Se ha hablado mucho de la democratización de las Fuerzas Armadas y de su resolución de atenerse al cumplimiento de sus tareas específicas, es decir del retiro del ele-

mento militar a sus cuarteles, dejando de lado la deliberancia en torno a asuntos que no son de su incumbencia. Al dar una ligera ojeada al actual panorama político en el continente latinoamericano, se puede establecer un saludable avance en tal sentido.

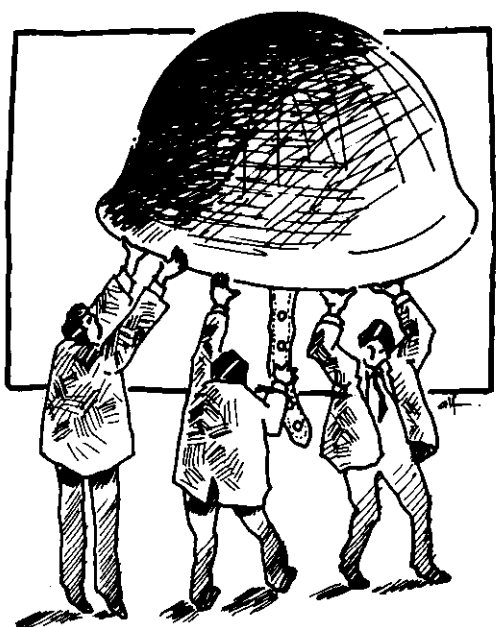
Si bien es verdad que en la América Central y en el Caribe todavía persiste la influencia de los militares, lo cual ha constituido una realidad indiscutible e indiscutida, no es menos cierto que, al menos en la actualidad, se han producido cambios que favorecen a la democracia.

Guatemala tiene un régimen civil, como lo tiene Honduras, países en los que, casi de manera tradicional, han ejercido los militares una hegemonía de desastrosos resultados. El Salvador —que enfrenta la tremenda amenaza de la guerrilla comunista— mantiene una posición democrática, al igual que Costa Rica, la cual, como es sabido, constituye una verdadera excepción, no únicamente en el caldeado terreno político centroamericano, sino en el latinoamericano en general. Pero la excepción en sentido contrario, ofrece Nicaragua. Luego de haber sido gobernada por dictaduras militares encabezadas, casi siempre por los Somoza, regímenes en los que la corrupción, la inmoralidad y la ruptura de todo sentido de ética política fueron sus sellos distintivos, Nicaragua se encuentra en la actualidad, gobernada por el novedoso régimen Sandinista. El caso panameño, difiere en la forma del de sus vecinos centroamericanos, por cuanto, aparentemente, existe un Presidente civil, aunque es por todos sabido que, desde hace muchos años, es el elemento militar, representado por la todopoderosa Guardia Nacional el que tiene realmente las riendas del poder.

En lo relacionado con América del Sur, Brasil tuvo una experiencia de casi dos décadas de dictaduras militares, sin que la influencia del elemento castrense haya de-



saparecido totalmente. Uruguay, por su parte, soportó por casi diez años la presencia de la bota militar, tiempo en el cual se cometieron muchos abusos en el enfrentamiento para erradicar la subversión encabezada por los "Tupamaros". Argentina tuvo también una larga temporada militarista, iniciada en 1966 a 1973 y de 1976 a 1983, en que las Fuerzas Armadas, que detentaban el poder, dirigieron los destinos de la nación argentina. En la llamada "Guerra Sucia" librada en contra de la guerrilla, tanto de derecha como de izquierda, los militares cometieron grandes desmanes que han sido dura y ejemplarmente castigados una vez que el país retornó al régimen democrático con el actual Presidente Raúl Alfonsín. Perú y Ecuador, en donde también se dieron prolongados períodos de dictaduras castrenses, cedieron el paso a presiones tanto internas como externas y, desde hace aproximadamente diez años, gozan de regímenes democráticamente elegidos.



Los casos de Chile y Paraguay, por constituir excepciones a la democratización de las Fuerzas Armadas en América del Sur, merecen comentarios aparte.

Después de una larga tradición legalista y democrática en Chile, advino a comienzos de la década del 70 el gobierno marxista de la Unión Popular con Salvador Allende como Presidente de la República, cargo al que llegó en legítimas elecciones. Para evitar que el país se volcara al comunismo, las Fuerzas Armadas se vieron en el caso de intervenir, de derrocar a Allende y de implantar una muy dura dictadura con el General Augusto Pinochet, quien sigue aún en el ejercicio del poder total desde hace unos 15 años. El último plebiscito decidió la suerte del actual régimen en Chile, nación que ha sido en otros períodos de su historia un ejemplo de constitucionalismo y de respeto al orden jurídico y legal. En lo que se relaciona con el Paraguay, éste sigue constituyendo una afrenta y un baldón para la conciencia democrática latinoamericana,

y pese a todo y a todos, los militares siguen en el poder desde hace más de treinta años ante la increíble como censurable actitud de los paraguayos.

No cabe duda que el paso por el poder ha producido en las Fuerzas Armadas contradictorios resultados. Si, por una parte y como es natural, sintieron la euforia propia de quien se ha visto de súbito encumbrado a las más grandes alturas políticas, se han dado cuenta, por otro lado, que el saldo no siempre les ha favorecido y de que uno de sus mayores problemas fue cómo descender del poder en tal forma que no afecte negativamente a su honor. En los casos arriba mencionados, los militares sudamericanos se dieron cuenta de que no podían sostenerse por más tiempo en el poder sin poner en grave riesgo su prestigio y, en actitud democrática, procedieron a la entrega de las riendas del poder a los civiles y el retorno al ejercicio de sus específicas funciones. En el caso particular del Ecuador, la dictadura presidida por el Almirante Alfredo Poveda llevó a cabo todas las gestiones necesarias con el fin de traspasar, pacíficamente, el mando a los civiles, cuando, si lo hubiere deseado, habría posiblemente permanecido en el poder un tiempo más largo.

En conclusión, opino que, en los últimos tiempos, se ha creado y robustecido una conciencia dentro de las Fuerzas Armadas en el sentido de alejarse del campo político y dejar que éste sea el escenario de las fuerzas partidistas. Sin pensar o admitir que el ciclo de intervenciones militares haya terminado en lo que respecta a la América Latina, es posible enunciar una voz de optimismo en el sentido de que tal posibilidad se haga cada vez más lejana. Dado el actual estado de la situación en nuestros países, no sería aventurado manifestar que en lo que resta del presente siglo las intervenciones del elemento militar irán cediendo poco a poco terreno en América Latina, en la cual

las Fuerzas Armadas, cada vez más profesionalizadas y con un espíritu democrático, desempeñarán en el futuro un papel de significativa importancia.

BIBLIOGRAFIA

No obstante representar el militarismo una innegable realidad en el desenvolvimiento histórico de América Latina, es muy poco lo que se ha escrito en torno a un factor que tanto ha influido en el desarrollo de nuestra vida política, como consecuencia de lo cual la bibliografía es, por decir lo menos, limitada. Varios de los conceptos y apreciaciones que se consignan a lo largo de este Ensayo son el resultado de investigaciones realizadas en el transcurso de mis estudios universitarios en los Estados Unidos de América, en los cuales el tema de la política de América Latina y, en especial, el relacionado con el militarismo, tiene una considerable importancia en los respectivos "pensum" de estudio. La bibliografía que

se cita a continuación responde, en considerable medida, a tal afirmación.

- ACDA "World Military Expenditure".
- Kenworthy, Eldon G. "Coalitions".
- Lowenthal, Abraham F. "Armies and Politics in Latin America".
- Loveman, Brian y Tom Davies "The politics of Antipolitics".
- Lieuwen, Edwin. "Arms and Politics of Latin America".
- Needler, Martin. "Political Development of Latin America".
- Nunn, Frederick M. "Effects of Foreign Military Training in Latin America".
- O'Brien, Philip. "Generals in Retreat".
- Palmer, David Scott. "Perú".
- Rouquier, Alain. "El Estado Militar en América Latina".
- Salvador Lara, Jorge. "Historia del Ecuador".
- Wynia, Gary W. "The Politics of Latin American Development".

